

Reseña.

Desesperada esperanza. Reseña de Paula Fleisner, La vida que viene.

Renata Prati.

Cita:

Renata Prati (2017). *Desesperada esperanza. Reseña de Paula Fleisner, La vida que viene.* Reseña.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/renata.prati/20>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGDk/reQ>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Desesperada esperanza

Reseña de Fleisner, Paula, *La vida que viene. Estética y filosofía política en el pensamiento de Giorgio Agamben*, Buenos Aires, Eudeba, 2015, 424 pp.

Por Renata Prati

A menudo se me ha reprochado, o al menos atribuido, ese pesimismo del que quizás no me doy cuenta. Sin embargo, yo no lo veo así. Hay una frase de Marx, que Debord cita también, que me gusta mucho, y es: “La situación desesperada de la sociedad en la que vivo me llena de esperanza”. Comparto esta visión: la esperanza es dada para los desesperados. Giorgio Agamben

¿Qué mueve hoy al pensamiento, qué mueve al arte? ¿Es acaso el horror de la muerte, o el misterio de la vida? Una primera respuesta nos podría inclinar hacia la primera alternativa: tanto nuestro pasado reciente como nuestra actualidad están por doquier signados de catástrofes, sufrimiento y miserias, y la producción humana se empeña en reflejar y comprender esas dolorosas verdades. Así, el pensamiento de Giorgio Agamben pareciera haberse construido como una investigación en torno al horror de la política, cuyo momento más famoso es *Homo sacer*, su obra sobre el tremendo símbolo de muerte que fue el Holocausto nazi. Sin embargo, en esta colosal y exhaustiva lectura de su obra, Paula Fleisner se atreve a sugerir otra posibilidad: la de que sea la vida y no la muerte el motor de este pensamiento o, incluso, del pensamiento en general. Quizás, hoy en día, lo que nos mueva a pensar, lo que nos desafíe a remover los límites de un pensamiento, esté más del lado de la vida que de la muerte.

Como ocurre con todos los grandes pensadores, hay más de un Agamben para sus lectores e intérpretes. Y está bien que así sea, porque ayuda a organizar el pensamiento y nutre la discusión. Lo que quizás sea menos positivo es el momento en que esas varias interpretaciones se polarizan y esa polarización, a su vez, se cristaliza. Los pares de interpretaciones suelen simplificar el pensamiento al reducir la complejidad de una obra a un único conflicto, y lo hemos visto suceder incontables veces con los más diversos pensadores. En el caso de Agamben, la escisión suele trazarse entre sus preocupaciones estéticas y su producción política, dos intereses teóricos que además se corresponderían con dos etapas distinguibles de su obra: una inicial y la otra más reciente. El concepto de vida, que Fleisner propone como hilo conductor en su lectura, no tiene en el pensamiento de Agamben un tratamiento sistemático ni un espacio especial. Sin embargo, no por ello es menos importante y aparece a lo largo de su obra de manera persistente y especialmente sugestiva. La vida y lo viviente funcionan aquí como una clave que permite unir las

distintas dimensiones en las que se suele separar la obra de Agamben: escritos tempranos *versus* obras maduras, estética *versus* política, optimismo *versus* pesimismo.

En primer lugar, tomar la vida como hilo conductor implica que el resultado no podrá ser unívoco ni homogéneo, puesto que, ¿qué es la vida sino, ante todo, el mayor misterio? Quizás uno de los mayores logros de *La vida que viene* sea que logra unir dos partes de una obra, pero no para construir un solo Agamben, sino para restituir una multiplicidad de facetas de este filósofo, que no se agota en una simple partición binaria. Este libro es una versión de la tesis doctoral en Filosofía de Paula Fleisner y, como tal, reclama ciertos estándares entre los cuales se cuentan la producción de resultados presentados a la manera de conclusiones. Sin embargo, lo que se encuentra en sus últimas páginas dista de ser *conclusivo*. Su propuesta de interpretar la filosofía de Agamben como una ontología de la vida tiene, si tomamos en cuenta la esencial indefinibilidad del concepto de vida, la flexibilidad y la apertura para amoldarse al deseo que la propia Fleisner confiesa tener en las últimas líneas del libro: “el deseo de construir una máquina, arbitraria e inexacta, de iluminar sectores, de interpretar retazos, de acercar o alejar pareceres y criterios entre las tradiciones que forman, a su vez, la filigrana del texto agambeniano” (p. 397).

Esta “máquina de lectura” se compone de grandes capítulos a lo largo de los cuales leemos la vasta producción de Agamben en orden cronológico, siempre con la vida en la mira, la vida en esta diversidad de formas, la vida entre el arte y la política. Los primeros dos capítulos, “*Vita poiética*” y “*Vita qualunque*”, abarcan desde los primeros escritos hasta los importantes libros de las décadas de los 70, 80 y 90, mientras que el tercer capítulo, “*Nuda vita*”, se dedica al proyecto *Homo sacer* y el cuarto y último, “*Vita nuova*”, se ocupa de trazar las líneas en las que Agamben continúa su trabajo en los últimos años.

A lo largo del trabajo de nuestro filósofo, la vida aparece de distintas maneras, en distintos contextos, formando distintas fórmulas. La más conocida de ellas quizás sea la de vida desnuda, pero también resuenan las de forma-de-vida, vida potencial, vida mesiánica, vida poetada. La vida aparece, podríamos decir, siempre declinada: no hay en el pensamiento de Agamben un solo nombre para la vida, así como tampoco hay un tratamiento cabal ni sistemático de su concepto – pero es, evidentemente, una preocupación que insiste.

En el primer capítulo Fleisner se ocupa de los escritos tempranos –entre los cuales se encuentra una serie de poemas escritos por un joven Agamben que ella cita y traduce por primera vez al español– y de los cuatro primeros libros: *El hombre sin contenido*, *Estancias*, *Infancia e historia* y *El lenguaje y la muerte*. En este primer recorte se puede reconocer la aparición de los temas del arte, el lenguaje y la poesía en relación con la vida, pero también unas tempranas consideraciones de problemas políticos. El vínculo entre arte, vida y política se deja ver desde la primera publicación de Agamben, cuando aún era un joven estudiante de leyes: un cuento, titulado “*Decadenza*”, publicado en 1964 en una revista de ciencia ficción. Allí se relata la historia de una comunidad de pájaros cuya

supervivencia se ve en peligro cuando sus huevos por algún motivo dejan de abrirse. “Nada sucede en el cuento más que el desesperado relato de un misterio” (p. 68), un relato en primera persona por uno de los pájaros sobre el misterio de la vida y su revocación, el misterio de lo viviente que va más allá de la “excepción humana”. Pero además, en el cuento hay una especial relación entre este misterio y el del arte y la política, en la medida en que parece ser el “canto” el que pueda sostener o restituir los lazos de una vida en común.

Hay varias notas nietzscheanas en esta primerísima aparición del arte. Por un lado, en su relación con la vida en cuanto que la hace posible, ya que el arte “es acaso el elemento aglutinante que, sacralizando la vida, ordenándola y embelleciéndola, la hace soportable” (p.70). Por otro lado, una politicidad originaria tanto del arte como de la vida, que son pensadas aquí en un vínculo necesario con la cuestión de la comunidad. El hecho de que esta comunidad sea una comunidad de pájaros, finalmente, nos desafía a pensar un arte que ya sea privilegio de lo humano, un arte más allá del límite mismo entre lo humano y lo no humano.

El arte como lugar de disolución de lo humano, como desposesión de sí del sujeto, será un motivo importante y polémico a lo largo de este primer capítulo así como a través de todo el libro. Fleisner encuentra una oscilación en el pensamiento de Agamben, una oscilación que no se resuelve, entre un interés por lo viviente más allá de la excepción humana, y una tendencia a seguir pensando la excepcionalidad, la especificidad del hombre como animal parlante.

El segundo capítulo, que abarca las publicaciones desde mediados de los años 80 hasta mediados de los 90, se estructura en torno al concepto de *potencia*: “considerada en su conjunto, la obra de Agamben podría ser esta tentativa de pensar de un modo nuevo algunos problemas de la tradición a partir de una prioridad ontológica otorgada a la potencia” (p. 167). Como la vida, la potencia aparece también declinada: potencia de no, potencia pasiva, impotencia, potencia común, son solo algunos de los nombres con los que aparece. Nuevamente aparece una vacilación en el pensamiento de Agamben, ya que la potencia parece remitirnos a una suerte de receptividad absoluta, mientras que otra parece ser la cifra de la especificidad humana. Fleisner señala la vacilación, pero se niega a cerrarla: quizás sea esa misma vacilación, esa misma apertura hacia un más allá de lo humano, la que permita en el pensamiento de Agamben pasar de un análisis de la humanidad que hemos llegado a ser, hacia un pensamiento de la humanidad que puede venir.

La obra de Agamben titulada *La comunidad que viene* (1990) es analizada en este capítulo como una obra bisagra, “umbral y cifra” del pensamiento agambeniano, en la medida en que articula de manera explícita la continuidad entre los temas estéticos y políticos que se venían desarrollando y en que avanza, con un tono sorprendentemente optimista, la figura

de una “singularidad cualquiera” como protagonista de una política por venir. Este entusiasmo y esta confianza en una comunidad que viene desaparecen en los siguientes textos, pero no por eso habría que concluir un pesimismo fundamental en Agamben, como se lo ha hecho tantas veces. Si así fuera, *La comunidad que viene*, con su tono optimista y afirmativo, sería una rara excepción y no, como dice Fleisner, *cifra* para comprender toda su obra: no esencia sino “escritura en clave, abreviatura, compendio, emblema” (p. 186).

Esta obra no solo se enmarca en el contexto de un importante diálogo filosófico sobre la comunidad, sino que también coincide con los años de la amistad de Agamben con Debord, de quien retoma el diagnóstico sobre el devenir espectacular del capitalismo. La influencia del situacionismo en el pensamiento de Agamben, sin embargo, excede ampliamente este diagnóstico: no solo se lo puede encontrar en sus gestos y estrategias teóricas, sino más radicalmente en su comprensión del arte, la vida y la política. “La política es el lugar en el que el arte y la vida se encuentran, y es por ello, la exhibición de una medialidad pura y sin fin: exposición del propio-ser-en-el-lenguaje, *détournement* y operación que vuelve inoperante el ‘trabajo’ del lenguaje para el poder dominante, como pretendió Debord” (p. 233).

Con la publicación del famoso *Homo sacer I. El poder soberano y la vida desnuda* (1995) aparece ciertamente un cambio de tonalidad y de perspectiva en la obra de Agamben, pero este cambio no es una ruptura. Si la soberanía es la primacía del acto, resquebrajarla implica inventar una nueva ontología de la potencia; eso es, justamente, algo de lo que Agamben había pensado antes del proyecto *Homo sacer*, que ocupará las siguientes dos décadas de su obra, y al cual se aboca el tercer capítulo de este libro.

El protagonista de este proyecto es el concepto de vida desnuda que es siempre, sin embargo, una vida *desnudada*: no una sustancia preexistente sino el resultado de una operación ejercida sobre una vida. El objetivo de Agamben con este ambicioso proyecto es el de hacer un diagnóstico del presente, para el cual retoma en primer lugar a Foucault y sus reflexiones sobre el poder y la biopolítica, pero también a Schmitt, en su concepción de la soberanía como decisión sobre la excepción, a Arendt en su tratamiento del totalitarismo y a Benjamin en lo que respecta a la relación entre ley y violencia. Este diagnóstico del presente es, sin lugar a dudas, el capítulo más célebre y a la vez más polémico del pensamiento agambeniano, y se despliega en una serie de investigaciones acerca del funcionamiento del poder y sus diferentes dimensiones: metafísica, jurídica, económica, política, histórica.

Si el musulmán y Bartleby, la sujeción y la resistencia, son el anverso y el reverso de una única figura, puede comprenderse que el aparente pesimismo de *Homo sacer*, su tono sombrío, no impugna el entusiasmo de los textos previos, ni la esperanza implícita en ciertos desarrollos más recientes. Como dice el mismo Agamben en la entrevista “Una biopolítica menor”:

“La desubjetivación no tiene solamente un aspecto sombrío u oscuro. No es simplemente la destrucción de toda subjetividad. Está también el otro polo, más fecundo y poético, donde el sujeto no es más que el sujeto de su propia desubjetivación. Permittedme, entonces, rechazar vuestra acusación: estoy seguro de que sois más pesimistas que yo...”¹

También en *El reino y la gloria*, parte del proyecto *Homo sacer*, Agamben volvía a pensar “la posibilidad de una vida ingobernable que, en su inoperancia, revoque toda forma determinada” (p. 277): una vida poética. Lo que la poesía hace para la potencia del decir, “la filosofía y la política deben hacerlo para la potencia de actuar: por un lado, deben volver inoperantes las operaciones biológicas y económicas y, por otro, deben abrir el ‘hacer’ humano a un nuevo uso posible” (p. 282). De lo que se trata, a lo largo de este recorrido, es de volver a potenciar la vida, su capacidad creativa, mitante, ficcional, es por eso que Agamben dice en esa misma entrevista, unas pocas líneas más tarde, que “la cuestión del arte de vivir podría plantearse así: ¿cómo estar en relación con esta potencia impersonal?”

Desde esta lectura que enfatiza la relación entre vida, arte y política, es que se comprende el “final traidor” que nos propone Fleisner, quien confiesa en las últimas páginas “torcer integralmente los textos hacia otras búsquedas guiadas acaso por obsesiones diferentes a las de Agamben” (p. 389), obsesiones por un arte, una vida y una política más allá o más acá de la forma-de-vida humana, que encuentran esperanzas en “la posibilidad, siempre revocable, de darle formas diversas a la vida” (p. 391). ¿Final traidor? Quizás, pero una traición asumida y anunciada a lo largo de todo el recorrido. Desde el momento en que la autora elige tomar la vida como guía para adentrarse en esta obra compleja y multifacética renuncia a la posibilidad de permanecer completamente fiel a dicha obra. También puede que sea exactamente al revés: que la vida del pensamiento, la vitalidad de un pensamiento sobre la vida radique precisamente en un permitir y hasta invitar a torcer sus textos, sus obsesiones y sus intenciones. ¿Cómo serle fiel a un pensamiento? Quizás serle fiel sea justamente traicionarlo, quizás la traición sea incluso necesaria para mantenerlo vivo: si la vida es el hilo conductor, ninguna forma de vida estabilizada puede ser un punto final.

¹ “Una biopolítica menor. Entrevista con Giorgio Agamben” en Ugarte Pérez, Francisco Javier, (coord.), *La administración de la vida: estudios biopolíticos*, Barcelona, Anthropos, 2005, p. 187.